

Gladio Ferraz Baró

Un viejo amigo, que bien lo conocía, le había dicho varias veces: “Usted es inmortal. Porque en el Cielo no lo quieren por ateo. Y en el Infierno, porque temen que se lo desorganice”.

En realidad, muchos casi lo creíamos. Había sobrevivido estar condenado a muerte; su actuación en la guerra como combatiente, participando de diversos episodios memorables; las duras condiciones de diversos campos de concentración, en el sur de Francia, luego de la Guerra de España. Las mil y una vicisitudes del exilio en Francia. La vuelta a España, sus múltiples trabajos y su pasión por enseñar en una Academia; la detención en las cárceles franquistas por más de siete años. Hasta que llegó a Uruguay, en la década del 50, con ansias de trabajo y de libertad. Ya tenía un antiguo matrimonio con Gloria, su compañera entrañable de toda su vida, su hija Jazmín, nacida en Lérida (Cataluña) y Dakar Argel, nacido en Montevideo, a quienes conocimos algunos de nosotros, desde que eran una hermosa niña y un varón, vivaces, inteligentes y cariñosos.

Gladio era un sobreviviente. Tempranamente acostumbró su cuerpo a duras condiciones, por la guerra, y por disciplina. Hacía gimnasia fuerte, deportes, nadaba en la playa en pleno invierno, largas caminatas, sus duchas diarias frías, todo hasta muy avanzada edad. Siempre dinámico, rápido, con un humor a toda prueba, y, a la vez, capaz de las mayores rabietas. Un pasional.

Ingresó al SMU como Cobrador en 1963 y durante muchos años trilló calles buscando los socios y haciendo eficazmente su trabajo.

Era un hombre de empeños culturales; dominaba ampliamente el español, del que era un celoso guardián. También eran vastos sus conocimientos de inglés y francés. Uno de los raros esperantistas que iban quedando, entusiasta del “idioma universal”. Durante décadas consultó por la más mínima duda a los Académicos de la Lengua, de la Real Academia de la Lengua Española, para satisfacer su curiosidad y erudición sin límites.

Luego de muchos años en aquella tarea callejera, cuando ya su edad le pedía una tregua, cambió la función, y pasó a trabajar en las oficinas, atendiendo durante muchos años la Colonia de Vacaciones, donde fue celoso organizador de las veladas cinematográficas vera-

niegas, que animaban a grandes y chicos cuando la televisión era un aparato raro y en blanco y negro. Claro, eso le venía en la sangre. Su padre (“un aragonés brutote, pero muy trabajador y honesto”, como él mismo lo definió) había iniciado, luego de la Guerra de 1914, una larga experiencia como explicador de películas, recorriendo buena parte de Cataluña y todo el norte de España, sembrando cinematógrafos, como “peliculero”.

Su amor y apego al idioma, le hicieron Corrector, trabajando en “La Mañana” y “El Diario” durante muchos años. También en el SMU dedicó sus afanes a esta tarea, siendo –como Corrector de libros, de “Noticias”, o de la “Revista Médica Mundial” en español– el terror de las imprentas, por la exigencia de su trabajo y la minuciosidad de sus correcciones que prácticamente obligaban a rehacer todo el trabajo de linotipo, en las épocas en que el plomo era el medio empleado para imprimir boletines o revistas.

Se jubiló en 1992, cuando ya era mayor, pero estaba en plena forma. Sin embargo su retiro fue sólo simbólico. Nos acompañó permanentemente, visitándonos, o comunicándose telefónicamente, trayéndonos las revistas llenas de correcciones, exigiendo que mejorara su cuidado quien eso hacía. O acompañando las mesas receptoras de votos el día de las elecciones, durante muchos años.

En la última década de su vida batió también un récord digno del libro de Guinness. En cuatro ocasiones padeció meningitis agudas graves, a las que sobrevivió. Hasta que de la última quedó con alguna deficiencia que progresivamente lo llevó al final, el pasado 3 de marzo, cuando tenía 86 años.

Tuvo tempranas inclinaciones literarias. Cuando nacía la República Española, escribió su primera poesía, que publicó “El País”, de Lérida. Escribió toda su vida. Dejó varios libros, entre ellos una novela “Ocurrió en Vigo”. Y una memoria autobiográfica, por insistencia de sus amigos y compañeros de trabajo, en 1998, para dejar un testimonio de su rico anecdótico y su experien-



cia en una aventura épica singular, como lo fue la Guerra de España. En la dedicatoria de este libro, que tituló “Crónica de una vida”, estampó esta frase, que lo define:

“A todos aquellos que me aman y son mis amigos, con el máximo cariño que alberga un hombre brusco extremadamente sensitivo.”

Nacido en Barcelona, en 1915, sentía profundamente el orgullo de ser catalán. Quiso mucho al Sindicato Médico, con el que vivió verdaderamente consustanciado, sobre todo en las épocas más difíciles, institución donde dejó muchos amigos y sembró enseñanzas permanentemente.

Fue, ante todo, un hombre absolutamente coherente. Vivió de acuerdo a su filosofía, en el mayor ascetismo, fiel a su espíritu libertario. Sin duda, Gladio fue un exponente emblemático del siglo XX, un resumen, en una sola persona, de las luces y sombras de su época.

Su recuerdo, su coraje y su amor por la libertad, nos acompañarán siempre.

A.L.T.